

Sobre las ovaciones tributadas a los antiguos predicadores cristianos

Las ovaciones — aclamaciones y aplausos — que los antiguos, en general, tributaban a sus oradores no son un tema que, en sus múltiples aspectos, haya sido negligido por la investigación histórica. Cuando en 1950 y 1954 Teodoro Klauser y Alfredo Stuiber publicaron sus ejemplares artículos *Akklamation* y *Beifall*, respectivamente, en *Reallexikon für Antike und Christentum*¹ contaron con buena bibliografía². Ya la enorme erudición de un Francisco Bernarcino Ferrari había producido, hace tres siglos y medio, una obra hasta ahora no igualada sobre la materia³. Los historiadores que a partir de Ferrari se han ocupado de las ovaciones de los antiguos, lo han hecho investigando los textos bíblicos y los autores clásicos con sus precedentes; por lo que se refiere a la historia de la Iglesia, han sido consideradas especialmente las fuentes litúrgicas y las de naturaleza más

¹ Tomo I, col. 216-233; tomo II, col. 92-103.

² A las referencias dadas por Klauser es muy digno de ser añadido el pequeño artículo (citado por Stuiber) de F. X. KRAUS, *Acclamationen*, de la *Real-Encyclopädie der christlichen Altertümer* I (Friburgo de Brisgovia, 1880) 13-15. Es natural que muchas de las referencias bibliográficas de Klauser y Stuiber sean las mismas; parece haber quedado olvidado en ambos JUSTO LIPSIO, *Electorum* liber II, cap. X: *De ritu plaudendi et explaudendi in theatris, item adsurgendi, acclamandi* etc., en *IUSTI LIPSI Opera*, I (Lyón, 1613) 639 s. Merece la pena advertir que Lipsio es anterior a Ferrari, citado en la nota siguiente.

³ F. B. FERRARIUS, *De veterum acclamationibus et plausu*, en siete libros (Milán, 1627). La obra fue reimpressa por JUAN JORGE GRAVE o GREFFE (GRAEVIUS), *Thesaurus antiquitatum Romanarum*, VI (Venecia, 1732) 181-230. Poco antes de la publicación de su obra Ferrari había publicado otra bajo el título *De ritu sacrarum Ecclesiae veteris concionum* (Milán, 1618), que muy pronto tuvo una segunda edición (Milán, 1620) y más tarde otras. Continua siendo una obra fundamental para el estudio de la materia que tratamos. En lo concerniente a las aclamaciones véase, también de GRAEVIUS, *Thesaurus antiquitatum et historiarum Italiae*, obra continuada y editada por P. BURMANN, tomo VI, 1 (Leiden, 1722) col. 568-573.

o menos ritual⁴, no exclusivamente litúrgicas, en las que se hallan formas ovacionales, casi o del todo estereotipadas, que se practicaban durante los sínodos, en las elecciones episcopales⁵ y en las recepciones de los obispos; también han sido tenidos en cuenta los datos que proporcionan la epigrafía y la veneración popular de los mártires y otras fuentes históricas. En cambio, por lo bien documentados que están, no es mucho lo que los historiadores nos han dicho hasta ahora sobre los aplausos y las aclamaciones que tenían lugar durante la predicación cristiana antigua. Con todo, Stuibier dedica tres de las diez columnas de que consta su artículo a los aplausos habidos durante la predicación patristica y, antes de él, Juan Zellinger había tratado de la cuestión en un artículo más sabroso que extenso⁶, en el que este autor reunió y comentó con gran conocimiento de causa muchos testimonios de la época de los Padres. Las páginas que ahora ofrecemos quieren complementar lo que hasta el presente se ha escrito; a ello ayudan las fuentes descubiertas en los últimos años y, sobre todo, las ediciones críticas de que no disponían los autores que nos han precedido.

Por aclamaciones se entiende en las páginas siguientes las exclamaciones proferidas por los oyentes de los antiguos predicadores como señales de admiración y de asentimiento o aprobación. Las demás intervenciones del público las trato en otro estudio sobre los auditorios cristianos de los primeros siglos de la Iglesia⁷. Las aclamaciones no siempre implican palabras; puede tratarse en muchos casos de meras voces o gritos. En realidad, de entre los numerosísimos testimonios históricos de que disponemos, relativos a las aclamaciones, no son muchos los que nos informan sobre palabras concretas proferidas por el público. En cambio, las aclamaciones, según parece, solían ir acompañadas de los aplausos

⁴ Véase F. CABROL, artículo *Acclamations* del *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, I, 1 (París, 1924) col. 240-265. A. BAUMSTARK, *Liturgie comparée* (Chevetogne, 1953, 3.ª ed.) 80-101: *Prières stéréotypées et formules brèves*. J. ERNST, *Beifallsbezeugen zur Predigt*, en *Theologisch-praktische Monatschrift* 27 (1917) 568 ss. A. QUACQUARELLI, *Retorica e liturgia antenica* (Roma etc., 1960) 89-93. M. RIGHETTI, *Manuale di storia liturgica*, I (Milán, 1950, 2.ª ed.) 170-177.

⁵ En las elecciones episcopales de determinadas iglesias están todavía en uso. Hace pocos años un metropolitano electo de Atenas no mereció la aclamación del público, el cual lo declaró indigno y tuvo que ser substituido.

⁶ J. ZELLINGER, *Der Beifall in der altchristlichen Predigt*, en *Festgabe Alois Knöpfler* (Friburgo de Brisgovia, 1917) 403-415.

⁷ Este estudio ha de aparecer en la *Revista Catalana de Teologia*.

(κρότοι, *plausus*) y éstos no acostumbraban a producirse solos, sin aclamaciones. Por esto trataremos las aclamaciones y los aplausos conjuntamente, aunque distinguiéndolos.

Por aplausos entendemos aquí los signos ruidosos de aprobación, admiración, alabanza y entusiasmo, expresados generalmente por el palmoteo. Tendremos ocasión de ver lo que κρότος y *plausus* pueden significar también por extensión en casos determinados. En algunos textos antiguos los aplausos y las aclamaciones se confunden⁸, mas son dos cosas distintas⁹.

Los testimonios son tan abundantes que no nos será posible comentarlos todos, es decir, todos los que he podido reunir, ni es necesario hacerlo para tener una idea completa del tema tratado. Estos testimonios, los debemos a fuentes históricas de diferente naturaleza. En primer lugar son los mismos predicadores los que hacen alusiones a los accidentes producidos por la emotividad de sus auditorios; de los oradores procede la mayor parte de los testimonios. En segundo lugar hay los estenógrafos o taquígrafos, algunos de los cuales al ir cogiendo las palabras de los predicadores a lo vivo, incluyeron también determinadas reacciones del público. Finalmente nos sirven de fuente los antiguos historiadores u otra clase de testigos de las reacciones emocionales de los oyentes. En el mundo retórico antiguo no cristiano encontramos igualmente testimonios parecidos y no menos abundantes¹⁰, pues en la antigüedad la gente era fácil en reaccionar no únicamente ante los oradores, sino en cualquier ocasión que diera pie a aplausos y aclamaciones. Abundan semejantemente testimonios históricos de tales reacciones populares (también individuales en ciertos casos) en la Iglesia fuera de la predicación¹¹. Aquí hemos de fijar nuestra atención sólo en los concernientes a la predicación de los Padres. De entre

⁸ Apolinar Sidonio se declara *raucus plosor* de Fausto de Riez (Regium): Epístola IX 3, 5, en *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi*, VIII, 152: «Licet olim praedicationes tuas, nunc repentinas, nunc, ratio cum poposcisset, elucubratis, raucus plosor audierim, tunc praecipue, cum in Lugdunensis ecclesiae dedicatae festis hebdomadalibus collegarum sacrosanctorum rogatu exorareris ut perorares». Un aplaudidor *raucus*, o sea, que ha quedado ronco, es que ha manifestado su entusiasmo gritando mucho.

⁹ Quintiliano, *Institutiones*, 8, 3, 3, distingue bien: «Non acclamatione tantum, sed etiam plausus». De *plausus et clamores* habla Jerónimo, Epístola LII, 4 (CSEL LIV, 420). Iremos encontrándonos, en el curso de este estudio, con otros textos que distinguen igualmente entre aplausos y aclamaciones.

¹⁰ Reunidos ya por Lipsio y Ferrari, anteriormente citados.

¹¹ Citaré, como ejemplo, un solo caso que no se refiere a la predicación, pero que es muy característico y puede ayudar a comprender lo que sucedía con el pueblo aclamador y con los taquígrafos como testigos: cuando san Agustín propuso públicamente a Heraclio como

ellos, serán san Juan Crisóstomo y san Agustín, los mayores representantes de la homilética o retórica pastoral patrística, del mundo griego y del latino respectivamente, los que mas datos aportarán.

Naturaleza de las ovaciones

Como las nuestras, las ovaciones de los cristianos antiguos eran demostraciones de adhesión entusiasta a lo pronunciado por el orador. No me refiero de momento al entusiasmo del público por la persona de un orador admirado, sino por el contenido del sermón. Un orador como Juan Crisóstomo¹², buen psicólogo y hábil en saber tocar las fibras sentimentales de los suyos, de los que se sentía amado y que él mismo amaba, no buscando otra cosa que su bien espiritual, identificado, por otro lado, todo él, con la actividad pastoral de la predicación¹³, era aplaudido con calor cuando hablaba contra la avaricia y los tesoros reunidos por los judíos¹⁴ o cuando, exhortando a las buenas costumbres, describía con verdadero arte las inmoralidades¹⁵. Los penegíricos de los mártires, que le daban fácil ocasión para hacer bellos encomios de los héroes de la fe, provocaban «mayores aplausos y un más grande clamor de quienes nos ensalzaban»¹⁶. Pero sobre todo los oyentes, bien dispuestos, se dejaban sobrecoger y enardecer por la escenografía

sucesor suyo, el pueblo se puso a gritar aclamándolo; los taquígrafos anotaron las aclamaciones, sin dejar de señalar las veces que fueron repetidas: «A populo adclamatum est: Deo gratias, Christo laudes! — dictum est tricies sexies —; exaudi, Christe; Augustino uita! — dictum est tredecies —; te patrem, te episcopum! — dictum est octies —; dignum et iustum est! — dictum est uicies —; bene meritis, bene dignus! — dictum est quinquies —; dignum et iustum est! — dictum est sexies»: Agustín, Epístola CCXIII, 2 (CSEL LVII, 375 s.). Hemos de suponer que las cantidades indicadas son aproximadas, corresponden a una impresión global de su intensidad; observemos, sin embargo, que las aclamaciones de tipo litúrgico parecen ser las más repetidas.

¹² Cf. CH. BAUR, *Der heilige Johannes Chrysostomus und seine Zeit*, I (München, 1929) 188-190; II (1930) 75 s..

¹³ Retenido en la cama por la enfermedad, Juan Crisóstomo sueña en la predicación. Luego dirá: «Estaba ausente con el cuerpo, pero presente con el afecto, y en mis oídos resonaba siempre vuestro clamor» (ἡρώγῃ): Homilía I sobre la penitencia: PG 49, 277. Este pasaje sirve para demostrar como la responsabilidad de la predicación permanecía en el subconsciente del Crisóstomo; sin esto Juan no hubiera sido lo que fue como predicador.

¹⁴ Juan Crisóstomo, *Contra los judíos* homilía I, 4: PG 48, 848 (cf. BAUR, I, 275). La polémica antijudaica en la predicación de los Padres es bien recibida por el público, el cual no esconde sus sentimientos contra los judíos.

¹⁵ Juan Crisóstomo, *Sobre 1 Cor.* homilía IV, 6: PG 61, 38-40.

¹⁶ Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Jeremías* 10, 23, principio: PG 56, 154.

bíblica, tal como la presentaba el orador. Cuando el comentario de un pasaje de la historia sagrada producía una reacción de admiración, el Crisóstomo tenía la delicadeza y la humildad de atribuir las alabanzas del público más a la fuerza del relato bíblico que al vigor y arte de su predicación¹⁷. En ciertos casos los aplausos servían para manifestar la conformidad con determinaciones tomadas por el pastor eclesiástico¹⁸. Así del pueblo aplaudió cuando Juan Crisóstomo pidió a los fieles de Constantinopla que trataran con caridad a Severiano de Gábalá, obispo intruso durante una de las ausencias de Juan¹⁹.

También san Agustín refería los aplausos y las aclamaciones a los efectos producidos en el ánimo de los oyentes por la belleza y eficacia de los textos bíblicos, pues son muchos, decía él, que saben disfrutar de la palabra de Cristo y deleitarse en sus misterios, cuya explicación produce una alegría exteriorizada por los fieles con exclamaciones²⁰. Basta a veces la simple audición de un texto sabido de la Sagrada Escritura para que, al ser reconocido por los oyentes, provoque en ellos exclamaciones de alegría²¹, y si tan presentes estaban estos textos bíblicos en la memoria de los fieles,

¹⁷ «Hace poco habéis alabado a David por su paciencia, mientras yo, por mi parte, admiraba vuestra benevolencia y caridad para con David...»: Juan Crisóstomo, Homilía II sobre David y Saúl: PG 54, 687 (parece referirse más a una reacción del auditorio al escuchar el texto bíblico leído inmediatamente antes del sermón, que a unos posibles aplausos al final de la homilía I). «Quedé admirado de que vuestra caridad, cuando hace poco (cf. homilía I) llevé mi discurso al tema de Lázaro, alabara la paciencia del mendigo y aborreciera la crueldad del rico y su inhumanidad; son señales no pequeñas de vuestra virtud... Puesto que escuchasteis con tan grande benevolencia aquellos discursos, vamos!, os serviremos ahora lo que queda»: Homilía II sobre (el pobre) Lázaro, exordio: PG 48, 981. «Tal vez habéis alabado a Pablo por su libertad en hablar (acaba de ser leído Gál. 2, 11)... Alabasteis a Pablo?»: Homilía sobre Gál. 2, 11: PG 51,373 s. Y más adelante, en el mismo discurso: «Habéis alabado lo que acabo de decir? (Juan ha hablado a favor de Pedro cuando éste era acusado por Pablo). Pues al principio alababais, pues lo admirabais y os encantaba su confianza»: *ibid.*, 377 s.. «Hace poco, mientras alabábamos a san Pablo, saltabais de gozo en forma tal como si lo hubierais visto aquí presente»: Homilía sobre las calendas, poco después del exordio: PG 48, 954 (nos servimos ordinariamente de las versiones castellanas del Padre RAFAEL RAMÍREZ TORRES, *Obras completas de san Juan Crisóstomo* (México, 1965 ss.), modificando a veces detalles para mayor precisión, sin que esto signifique crítica contra esta magnífica traducción). Dedico un estudio especial a las reacciones emocionales de los oyentes durante la solemne lectura de las Sagradas Escrituras, en la época de los Padres de la Iglesia, trabajo que aparecerá en una miscelánea en honor de A.-G. Martimort con el título *Les réactions émotionnelles des fidèles pendant la lecture solennelle de l'Écriture, dans l'Église des Pères*.

¹⁸ Véase el ejemplo de san Agustín, en la anterior nota 11.

¹⁹ «Os doy gracias por haber ovacionado mis palabras»: Juan Crisóstomo, Sobre Severiano, que ha de ser acogido: PG 52, 426: «sermonem meum laudibus prosequuti estis», reza la traducción latina antigua del original griego no conservado.

²⁰ «Quam multi delectantur uerbo eius (Christi) et cognitione sacramentorum eius; solutione parabolarum eius quam multi delectantur! Quam multi clamant!»: Agustín, Enarratio in Ps. LXXX, 22: CCL XXXIX, 1135.

²¹ «Laudatur peccator in desiderii animae suae. Omnes adclamastis, quia scripturam sanctam, unde testimonium commemorauimus, nostis»: Agustín, sermón Frangipane V: ed.

éstos continuaban la citación así que el predicador la había empezado²². Por consiguiente, las aclamaciones eran por parte del auditorio de Agustín señales de gozo al sentirse los oyentes compenetrados con el texto sagrado²³. Eran, pues, un signo de reconocimiento y de amor: «Videtis, amatis, laudatis»²⁴. Particularmente el encomio de la caridad, sólo mencionarla, ya suscitaba gritos de alabanza en el auditorio²⁵.

En san Agustín hallamos una gran cantidad de testimonios sobre aclamaciones como señales de los fieles de haber entendido lo que el predicador explicaba²⁶. Agustín tenía unas frases que casi parecen fórmulas para expresar tales manifestaciones de entendimiento por parte del público: «Certe, unde omnes acclamastis, nisi quia cognouistis?»²⁷; «non acclamaretis, nisi

G. MORIN, *Sancti Augustini sermones post Maurinos reperti* (Roma, 1930) 216. «Potens est enim deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ. De quibus lapidibus: Si isti tacebunt, lapides clamabunt. Modo audistis et clamastis. Impletum est lapides clamabunt»: Agustín, sermón CXXI, 3: PL 38, 679.

²² Así es, por lo menos, como ZELLINGER, artículo citado, 409, interpreta ciertos lugares de san Agustín, como los sermones LXXVI, 4, y CXXXI, 5: PL 38, 481 y 731, respectivamente. He de volver en otra ocasión sobre estas referencias agustinianas y otras, y sobre el verbo *præuenire*, con el sentido de adelantarse al predicador por parte del auditorio.

²³ «Adclamastis ad ista, et gaudetis ad ista, quia iam potestis sedere super flumina Babylonis, et flere»: Agustín, Enarratio in Ps. CXXXVI, 10: CCL XL, 1970.

²⁴ «Quid est enim modo quod omnes adtenditis, omnes auditis, omnes excitamini, et quando uerum aliquid dicitur, delectamini? Quid uidistis? Quid tenuistis? Quis color apparuit oculis uestris? Quæ forma, quæ figura, quæ statura, quæ lineamenta membrorum, quæ corporis pulchritudo? Nihil horum. Et tamen amatis. Quando enim sic laudaretis, si non amaretis? Quando amaretis, si nihil uideretis? Me itaque non ostendente formam corporis, lineamenta, colorem, pulchros motus me non ostendente, uos tamen uidetis, amatis, laudatis. Si hæc delectatio ueritatis dulcis est nunc, multo dulcior erit tunc»: Agustín, sermón CLXXIX, 6: PL 38, 970, hermoso texto que se acerca mucho al de la nota siguiente y al sermón Guelferbyt. XX, 2, ed. Morin, o. c., p. 505, líneas 32-36.

²⁵ «Quare autem quando laudatur caritas erigimini, adclamatis, laudatis? Quid uobis ostendi? Aliquos colores protuli? Aurum et argentum proposui?... Quid tale ostendi oculis uestris? Numquid facies mea mutata est cum loquor? Carnem gero, in ipsa forma sum in qua processi, in ipsa forma estis in qua uenistis; laudatur caritas et clamatis. Certe nihil uidetis. Sed quomodo uobis placet quando laudatis, sic uobis placeat ut in corde seruetis»: Agustín, In Iohannis tract. VII, 10: PL 35, 2034. Véase la nota anterior. «Fratres mei, unde clamatis, unde exsultatis, unde amatis, nisi quia ibi est scintilla huius caritatis?»: Agustín, In Iohannem tract. III, 21: CCL XXXVI, 30. Para más detalles sobre las reacciones emocionales de los fieles provocadas por las palabras de la Sagrada Escritura, véase el artículo anunciado al final de la anterior nota 17.

²⁶ «Euangelium recordamini: ecce quid sit nosse dei litteras; qui legerunt moti sunt»: Agustín, Enarratio in Ps. CII, 10: CCL XL, 1460.

²⁷ Agustín, In Iohannem tract. XVIII, 8: CCL XXXVI, 185. Muy parecido a este texto es otro del sermón XIX, 4: «in psalmo scriptum est — hi acclamauerunt qui cognouerunt — Et domini exitus mortis» (Ps. 67, 21): CCL XLI, 255. En la edición citada las palabras «hi acclamauerunt qui cognouerunt» van impresas en tipos menores, como queriendo indicar, parece, que no son de Agustín, sino del taquígrafo.

agnosceretis»²⁸; «iam acclamatis; credo agnoscitis»²⁹; «unde omnes acclamastis, nisi quia omnes agnouistis?»³⁰; «ecce quod diximus: uidistis et exclamastis; non acclamaretis, nisi uidissetis»³¹; «adtendistis, audistis, accepistis, et quia manifestum est, sine dubio intellexistis»³²; non utique acclamaretis, nisi intellegeritis»³³. Como vemos, *acclamare* (más frecuente que *exclamare*) en el léxico agustiniano, expresa el efecto de *cognoscere*, *agnoscere*, *intelligere*, *uidere*.

Alguna vez parece que la significación de haber comprendido es, por parte del auditorio, muy discreta; más que percibirla claramente, Agustín la intuye o adivina³⁴. Hay ocasiones en que el gran predicador africano admira la rapidez de comprensión de sus oyentes; cuando dan prueba de ello con sus voces, el predicador puede ahorrarse ulteriores esclarecimientos del punto doctrinal que está explicando, y puede pasar adelante³⁵. Cuando son todos los componentes del auditorio los que expresan que han entendido³⁶ es cuando Agustín

²⁸ Agustín, In Ps. 88 enarratio I, 10. Interesa reproducir el contexto: «Occurrit leo fremens et suffocatus est a te (Christe). Hoc enim praefiguratum est in Samson (Jueces 14, 5 s). Et illis uerbis meis, sine nomine illius dictis (antes de que Agustín hubiese pronunciado el nombre de Sansón), non acclamaretis, nisi agnosceretis; audistis enim, ut illi qui soletis complui a nubibus dei» (alusión al salmo 88, 7): CCL XXXIX, 1227.

²⁹ Agustín, sermón XXXVII, 17: CCL XLI, 461.

³⁰ Agustín, sermón CLI, 8: PL 38, 819 (texto transcrito en la siguiente nota 37). La yuxtaposición de los verbos *acclamastis* y *agnouistis* la encontramos en otros pasajes de san Agustín considerados en este estudio.

³¹ Agustín, In Iohannem tract. VII, 6: CCL XXXVI, 70.

³² Agustín, fragmento de un sermón contra los pelagianos: PL 39, 1721. Aquí se ve que los oyentes han adivinado de qué se trata, como puede deducirse del contexto.

³³ Agustín, Enarratio in Ps. LIII, 7: CCL XXXIX, 652 (véase el contexto en la siguiente nota 36). En otros pasajes del mismo Agustín, que hemos de considerar a continuación, reaparece la combinación de *acclamare* (o *exclamare*) y *intelligere*.

³⁴ «Iam quae sit ista mulier me proloquente accepistis. Videte etiam utrum me legente agnoscat. Omnis autem auditor, quantum ex affectu uestro satis apparet, dicit in corde suo: Ecclesia debet esse (la mujer ideal de que habla Proverbios 31, 10-31). Confirmo istam cogitationem. Nam quae potuit esse altera martyrum mater? Ita est. Quod intellexistis, hoc est: Agustín, sermón XXXVII, 1: CCL XLI, 447. En cambio, alguna vez el mismo san Agustín se hace testigo de ciertas resistencias que hacen los oyentes a admitir fácilmente lo que él explica. Así en el tract. XXXIV, 3 in Iohannem dice que el Señor, según el salmo 35, 7, salva «homines et iumenta», y añade que «te salva a ti como a tu caballo, tu oveja y hasta tu gallina»; seguidamente dice: «Mouet te, interrogas, miror quid dubitas»: CCL XXXVI, 312. Las últimas palabras parecen ser reflejo de ciertas demostraciones de admiración y de duda (provocadas, sin duda, por el mismo Agustín) en el auditorio.

³⁵ «Nam et breuiter audistis, et cito intellexistis. Corda uestra non uidi, sed testes cordis uoces audiui. Iam ergo tamquam de intellectis securi» etc.: Agustín, sermón CLXIV, ii, 3: PL 38, 896. Más adelante dice: «Si clamatis...»: iv, 6: 897.

³⁶ «Quia modo libenter auditis omnes in nomine Christi, et quemadmodum intellegitis, ita exclamatis ad uerbum; non utique acclamaretis, nisi intellegeretis»: Agustín, Enarratio in Ps. LIII, 7: CCL XXXIX, 652. La expresión *omnes* de este texto no tiene probablemente el mismo valor, el mismo significado absoluto que la misma palabra tiene en el pasaje del sermón CLI, que reproduce la nota siguiente.

se ve exonerado de la obligación de entretenerse en explicaciones³⁷. Mas puede suceder que no sean todos los oyentes los que han llegado comprender lo que el orador estaba explicando³⁸, pues no todos a tienen la misma agilidad mental³⁹, ni la misma instrucción por no haber asistido con igual regularidad a la iglesia; a favor de estos conviene que el predicador insista en lo que otros ya han entendido bien⁴⁰.

La mayor parte de las veces las aclamaciones son de asentimiento a lo que ha dicho el predicador, lo cual es difícilmente separable de la alabanza personal del orador. Los oradores de todos los tiempos, también del de los Padres, han tenido, si lo han merecido, sus entusiastas e incluso sus fanáticos. Apolinar Sidonio se declaraba a sí mismo *raucus plosor* de Fausto de Regium⁴¹: lo ovacionaba con gritos y aplausos, hasta quedar ronco, afónico. Ya Orígenes habla de predicadores cristianos que saben cosechar grandes ovaciones⁴². Es humano que oradores famosos contaran con su grupo habitual de entusiastas. San Gregorio de Nacianzo lo reconoce de sí mismo en el discurso de despedida de Constantinopla, en el que se complace, con apulosidad desagradable, en recordar cómo era elevado por las alas de los aplausos⁴³. Teodoreto es otro predicador a quien gustaba recordar que, siendo obispo de Ciro, le agradaba comparecer en Antioquia ante una ingente multitud que lo enaltecía con aplausos y aclama-

³⁷ «Vnde omnes acclamastis, nisi quia omnes agnouistis? Pudet hic inmorari, sed non pigeat inde deum precari»: Agustín, sermón CLI, 8 (conclusión): PL 38, 819 (véase la anterior nota 30).

³⁸ «Audies ubi debeas habere cor; quod modo cum dicerem multi intellexerunt et acclamauerunt; reliqui muti steterunt, quia nondum linguam, quam non nouerant, audierunt»: Agustín, *Enarratio in Ps. LXXX*, 8: CCL XXXIX, 1124.

³⁹ «Dicam si potuero domino adiuuante, fratres mei, quod sentio: in sanctis martyribus amor uitae amore uictus est uitae. Qui acclamastis intellexistis, sed propter eos qui non intellexerunt, patimini me, qui intellexistis, paulisper aperire quod dixi»: Agustín, sermón Frangipane VI, ed. MORIN, o. c., 221.

⁴⁰ «Meministis, recordati estis, tamquam instructi acclamastis, cum duo praecepta commemorarem; quae autem essent, non dixi, et tamen indicium cordis uestri uoce suscepi. Agnouistis. Dicam tamen propter eos, qui ad ecclesiam rarius accedunt»: Agustín, sermón Denis XV: ed. MORIN, 73.

⁴¹ Apolinar Sidonio, Epístola IX, 3, 5: ed. C. LUETJOHANN, *Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquissimi*, VIII, 152. Véase la anterior nota 8.

⁴² Orígenes, Comentario a la Epístola a los Romanos, IX, 2: PG 14, 1208.

⁴³ Gregorio Nacianceno, Logos XLII, 24: PG 36, 488. En el *Canto de su vida*, verso 814 (PG 37, 1085) habla Gregorio de un fervido encomiador de sus discursos; se trata de Máximo el Cínico, hombre turbulento, que supo engañar también al Nacianceno. Sobre Máximo como alabador de Gregorio véase E. FLEURY, *Hellénisme et christianisme. Saint Grégoire de Naziance et son temps* (París, 1930, 2.ª ed.) 301; Fleury no cita ninguna fuente precisa; acaso se refiere al logos XXV.

ciones⁴⁴. De hecho, cuando Teodoreto pronunció un sermón durante el sínodo de Éfeso del año 449, el obispo Domno de Antioquía estuvo aplaudiéndolo continuamente, sin sentirse impedido para ello por ir revestido con todos los ornamentos pontificales⁴⁵. Por su parte, Cirilo de Alejandría tuvo en Hierax un partidario ferventísimo, que incitaba constantemente al público para que aplaudiera las palabras de Cirilo⁴⁶. Los que acabamos de mencionar, son casos que corresponden probablemente menos al simple entusiasmo o a la admiración del oyente que a reacciones teológicas interesadas o a otros motivos personales, si no a gustos meramente retóricos. De sentimientos más sinceros de simpatía desinteresada proceden ordinariamente las alabanzas que recibía san Agustín⁴⁷. De cariño y afecto eran también muchos de los aplausos y aclamaciones tributados a san Juan Crisóstomo, como las ovaciones que mereció su discurso pronunciado para defenderse de Teófilo de Alejandría; la ovación del pueblo fue tan grande que Juan tuvo que dejar sin terminar su discurso improvisado⁴⁸. San Efrén, deseoso de conocer a san Basilio, tuvo ocasión de verle por primera vez oficiando en una iglesia de Cesarea de Capadocia, revestido con los indumentos pontificales, lo que impresionó mal al monje sencillo que era Efrén. De pronto Basilio empezó a predicar haciendo pausas entre frase y frase; en un momento dado el pueblo lo aplaudió. Efrén se dejó entonces arrastrar por el entusiasmo popular y exclamó: Ahó, ahó!⁴⁹ Este ejemplo hace ver que a cualquier de los asistentes puede hacerse irresistible la participación en la reacción del auditorio; quién no aplaude cuando todo el mundo lo hace? Esto recuerda lo que Gregorio de Nacianzo dijo una vez a Jerónimo: que asistiera a su predicación, en la que se vería obligado a aplaudirle

⁴⁴ Teodoreto de Ciro, Epístolas 83, 90, 91, 145 y 147: PG 83, 1268 s. o ed. de Y. AZÉMA en *Sources Chrétiennes* 98, 208; PG 83, 1284: SC 98, 238; PG 83, 1285: SC 98, 240; PG 83, 1377: SC 111, 177 (epístola numerada aquí como 146) y PG 83, 1412, respectivamente.

⁴⁵ Actas del Sínodo de Éfeso, conocido por el sobrenombre de Latrocinio de Éfeso, ed. J. FLEMMING, *Akten der Ephesinischen Synode vom Jahr 449* (Göttingen, 1917) 115, 37.

⁴⁶ Cf. Sócrates, *Historia Eclesiástica*, 7, 13: PG 67, 762.

⁴⁷ A los textos hasta ahora citados que ilustran lo que afirmamos, podemos añadir el final del sermón Denis XVII (MORIN, o. c., p. 89), en el que san Agustín, comentando las alabanzas que le tributan los oyentes de Bulla Regia, hace este simpático juego de palabras: «Laudes quae onerant, non honorant». Véase también, del mismo Agustín, el sermón Guelferb. IX: «Vestris non uentribus, sed mentibus praedicamus. Esurientes accipitis, epulando laudatis: quid est quod clamatis, si ad mentes uestras nulla esca peruenit? Sed nos quid sumus? Ministri eius», etc. (MORIN, o. c., p. 470).

⁴⁸ Cf. SOZOMENO, *Historia Eclesiástica*, VIII, 18: PG 67, 1564 B.

⁴⁹ Vida de san Efrén: PL 74, 323. Cf. O. ROUSSEAU, *La rencontre de saint Ephrem et de saint Basile*, en *L'Orient syrien* 2 (1957) 261 ss., especialmente las pp. 276 y 281.

cuando todos lo hicieran para no pasar por tonto si no se sumaba a la ovación de los demás⁵⁰. Pero seguramente Efrén aclamó a Basilio llevado finalmente por una admiración personal.

Pertenece también a este contexto el caso curioso de Ciro, elegido obispo de Kotydácion en Frigia. Recibido con hostilidad por su feligresía, que era famosa por ser difícil de contentar y de tratar, Ciro se comportó con mucha habilidad en el discurso de ingreso en su sede; fue un parlamento brevísimo que se ganó los aplausos del peligroso público⁵¹, de un público del que podía esperarse cualquier reacción, en bien o en mal.

En todo caso, los auditorios sabían también manifestar estrechamente su desaprobación. No es el objeto de este artículo tratar de los alborotos y de las protestas provocadas por ciertos predicadores. En general, las protestas que los Padres de la Iglesia tuvieron que oír durante la predicación no están frecuentemente atestiguadas; sin duda, no eran tan numerosas como las ovaciones. Un lugar particularmente expresivo es el que proporciona Isidoro Pelusiota, el cual opone los aplausos que se ganan los intérpretes de la Sagrada Escritura (predicadores) a los silbidos (συρίττουσι) de desaprobación, que tampoco faltan⁵²; Isidoro compara tales aplausos y silbidos a los que obtienen los atletas del circo y los bailarines de los teatros. Cuando ocasionalmente los predicadores aluden al descontento del auditorio, no siempre resulta fácil discernir si se refieren a demostraciones concretas del público o a sentimientos expresados fuera del acto de la predicación⁵³.

⁵⁰ Jerónimo, Epístola LII, 8: «Praceptor quondam meus Gregorius Nazanzenus rogatus a me, ut exponeret, quid sibi uellet in Luca sabbatum... secundoprimum, eleganter lusit: docebo te, inquires, super hac re in ecclesia, in qua omni mihi populo adclamante cogeris inuitus scire, quod nescis, aut certe, si solus tacueris, solus ab omnibus stultitiae condemnaberis» (CSEL LIV, 429.)

⁵¹ Cfr. Juan Malalas, Cronografía, XIV: PG 97, 539. De este «jewel of brevity» trata B. BALDWIN, *Cryus of Panopolis: a remarkable sermon and an unremarkable poem*, en *Vigiliae Christianae* 36 (1982) 169-172.

⁵² Cf. Isidoro de Pelusion, Epístolas, IV, 130: PG 78, 1212. Sobre los silbidos como señales de menosprecio y burla, véase F. J. DÖLGER, *Sibilati* = «die Ausgezeichneten», en *Antike und Christentum* IV (1934) 229. Ya que en la citación que hace Dölger de Tertuliano, *De praescriptione haereticorum* 42, 10, *sibilati* resulta ser una variante discutida, advierto que R. F. Refoulé, en su edición crítica, CCL I, p. 222, lín. 22, ha conservado en el texto dicho término. El tan aplaudido Juan Crisóstomo fue escarnecido y silbado «como en el teatro» por los paganos y judíos (συριττόντων) cuando salía para el segundo destierro (cf. PALADIO, *Vida de Juan*, 10: PG 47, 35). Sobre los silbidos fuera de la predicación, véase STUIBER, col. 102.

⁵³ Así, cuando Juan Crisóstomo dice que los creyentes de Antioquía se disgustan cuando oyen que hay muchachas que luchan desnudas en el estadio: Sobre la Epístola de san Pablo a Tito homilía V, 4: PG 62, 694: ὅτι οὐδέ τὸ ῥῆμα ἀκούσαι φέρετε.

Formas concretas de las ovaciones

Vamos a considerar ahora las aclamaciones en sus formas concretas. Cada pueblo suele tener sus exclamaciones o interjecciones. A menudo usan monosílabos, que suelen repetirse. Ya hemos mencionado la forma siríaca *ahó* con que san Efrén expresó su admiración al oír predicar a san Basilio⁵⁴. Esta interjección puede compararse a la griega *οὐᾶ* y a otras exclamaciones, más atestiguadas en la literatura profana antigua que en la cristiana⁵⁵.

A veces el auditorio prorrumpía en aclamaciones de frases enteras. Las actas del Concilio de Éfeso nos ofrecen uno de los ejemplos más bonitos. Pablo, obispo de Emesa, había sido enviado a Alejandría con el objeto de promover la paz y la concordia entre los orientales y san Cirilo. Durante un sermón que pronunció a tal efecto, Pablo se vio interrumpido por exclamaciones repetidas: «Ésta es nuestra fe! Don de Dios, Cirilo, ortodoxo! Esto es lo que queremos oír! Anatema sobre el que no se pronuncie así! Bien que hayas venido, obispo ortodoxo! Lo digno al que es digno! Gran elogiador del gran maestro!» etc.⁵⁶. También san Jerónimo se oyó llamar ortodoxo por el público⁵⁷.

Se dieron casos en que el pueblo interrumpió el discurso para expresar deseos concretos. Así una vez que Ambrosio de Milán predicaba sobre los mártires Gervasio y Protasio, el público propuso que la *depositio* tuviera lugar el domingo siguiente⁵⁸.

San Agustín es el predicador que más material nos ha legado en éste como en otros puntos. Los fieles apoyaban lo que él decía con exclamaciones como *bene!*⁵⁹. Hay el caso discutido del sermón 24, en el que, hacia el final del discurso, leemos: «Si ergo dii Romani

⁵⁴ Véase la anterior nota 49.

⁵⁵ Cf. STUIBER, *Beifall*, col. 94. Sobre *φᾶῶ*, atestiguado por Tertuliano, *Adversus Valentinianos*, VIII, 3 (CCL II, 759), véase F. J. DÖLGER, *Der Rhetor Phosphorus von Karthago und seine Stilübung über den tapferen Mann*, en *Antike und Christentum* V (1936) 272-274.

⁵⁶ Concilio de Éfeso, actas, 124-125, ed. E. SCHWARTZ, *Acta Conciliorum Oecumenicorum*, 1, 1, 4 (Berlín-Leipzig, 1928) pp. 9-13.

⁵⁷ «Recordare, quæso, illius diei, quando me de resurrectione et ueritate corporis prædicante ex latere subsaltavas et adplodebas pedem et orthodoxum conclamabas», escribe Jerónimo a Vigilancio, Epístola LXI, 3: CSEL LIV, 580).

⁵⁸ Ambrosio, Epístola XXII, 14: PL 16, 1066. Toda esta carta, así como la XX, es de gran interés para la historia de la predicación, entre otros aspectos.

⁵⁹ «Bene, exclamasti, quia scripturas nosti»: Agustín, sermón CCXCIX, 9: PL 38, 1374. Sin embargo, el texto podría leerse de esta otra forma: «Bene exclamasti, quia» etc.. Un poco más adelante se lee: «Bene tenes, quod alibi de resurrectione corporis loquens» etc..

Romae defecerunt, hic (Carthagine) quare remanserunt? Hoc ergo, fratres, hoc adtendite, hoc dixi, hoc inhibete. Dii Romani, dii Romani, si ergo, inquam, dii Romani Romae defecerunt, hic quare remanserunt?» etc ⁶⁰. Los monjes benedictinos de la Congregación de San Mauro, editores de san Agustín, supusieron que la repetición seguida de *dii Romani* fue una exclamación del pueblo; el nuevo editor crítico, Dom Cirilo Lambot, opinó que no se trataba de unas voces del auditorio, sino de una forma enfática de empezar la frase. De todos modos, por el mismo Agustín sabemos que poco antes, durante el mismo sermón, los fieles habían prorrumpido en varias otras exclamaciones, y sabemos cuales ⁶¹.

En ocasiones Agustín, más o menos directamente, según los casos, provocaba la intervención del auditorio. En el siguiente pasaje del sermón CXXXV: «Non enim ait euangelium: In principio fecit deus uerbum..., aut In principio natum est uerbum, aut In principio genuit uerbum. Sed quid ait? Erat, erat, erat. Audis erat; crede» ⁶², el triple *erat* puede ser una repetición enfática por parte del orador, pero no queda excluida la posibilidad de que se trate de una aclamación de los oyentes, posibilidad que parece apoyada por otros lugares de san Agustín que citaremos a continuación; sin embargo, yo me inclinaría por la primera hipótesis. Por lo demás, Agustín hacía preguntas concretas a sus oyentes, y éstos las respondían en forma de aclamaciones. He aquí algunos ejemplos: «Dic, elige quid uelis. Quid uis esse, homo caecus, an uiuens pecus? Adclamastis, elegistis. Quod elegistis, unde uidistis? Quid ostendi, ut clamaretis? Aliquos pulchros colores?... Nihil horum; tamen adclamastis, et adclamando uos elegisse significastis» ⁶³. «Quid est, fratres? Cum quaererem utrum uelletis uiuere, omnes respondébatis uelle uos; utrum uelletis sani esse, omnes respondebatis uelle uos» ⁶⁴. «Ecce nescieban quid esset in animo tuo; demonstrasti mihi dicendo: Memoria. Hoc uerbum, sonus iste, uox ista processit ad

⁶⁰ Agustín, sermón XXIV, 6: CCL XLI, 332.

⁶¹ «Animus uester et studium fidei et flagrantia caritatis et abundantia sancti zeli domus dei apparuit in uocibus uestris, quas satis claras uestri cordis testes habuistis... Itaque, fratres, quoniam iam quod ad uos pertinebat implestis adclamando» etc.: Agustín, sermón XXIV, 5: CCL XLI, 330. «Vtique hoc clamastis: Quomodo Roma, sic et Carthago!» (se trata de la supresión de los ídolos): ibid., 6: 331. Sobre un incidente que parece haber acontecido durante este sermón, véase lo que advierte LAMBOT, p. 325, al final de la introducción.

⁶² Agustín, sermón CXXXV, 4: PL 38, 747 (véanse las variantes señaladas en la correspondiente nota 4).

⁶³ Agustín, sermón Guelferbyt. XX, 2: Morin, o. c., 505 (véase la siguiente nota 72).

⁶⁴ Agustín, sermón CCCVI, 7: PL 38, 1403.

aures meas ab animo tuo...»⁶⁵. Agustín, magistralmente, sabe sacar provecho de las intervenciones del pueblo, provocadas, expresamente o no, por el orador; del diálogo que se establece entre él y su auditorio el acto de la predicación adquiere vivacidad, los oyentes mantienen la atención y, manifiestamente, el propio predicador se siente animado.

Podemos recordar además el caso pintoresco del sermón CCCXXIII del mismo Agustín. Los estenógrafos se han cuidado de transmitir los accidentes de carácter milagroso acaecidos durante este discurso pastoral y que provocaron aclamaciones como *deo gratias! Christo laudes!*, unidas al llanto y a demostraciones de alegría sin palabras, «solo strepitu, clamore, tumultu», que obligaron al orador, una vez recobrada la tranquilidad, a terminar rápidamente el sermón⁶⁶.

En muchos otros lugares de Agustín en que están atestiguadas las aclamaciones, no consta si éstas fueron simples gritos o interjecciones (de asentimiento, generalmente, como veremos) o si el auditorio decía palabras concretas. Así cuando leemos: «Adclamatis ad ista, et gaudetis ad ista»⁶⁷. «Laudasti. Audi quod sequitur...»⁶⁸. «Clamores isti uestri, gaudia ista uestra unde sunt nisi de deliciis?»⁶⁹. «Ecce dixi hoc, et exclamastis desiderio cuiusdam speciei nondum

⁶⁵ Agustín, sermón LII, 20: PL 38, 362.

⁶⁶ «Apud Vzalim, ubi est episcopus frater meus Euodius, quanta miracula ibi fiant quaerite et inuenietis. Praetermissis autem aliis indico uobis unum quod ibi factum est, ut uideatis quanta sit ibi praesentia maiestatis. Mulier quaedam subito aegrotum filium, cui succurrere festinando non potuit, in gremio suo catechumenum amisit, quae clamans: Mortuus est, inquit, filius meus catechumenus — Et cum haec diceret Augustinus, populus de Memoria sancti Stephani clamare coepit: Deo gratias! Christo Laudes! In quo continuo clamore puella quae curata est in absidam perducta est. Qua uisa populus cum gaudio et fletu nullis interpositis sermonibus, sed solo strepitu interposito, aliquandiu clamore protraxit, et silentio facto Augustinus episcopus dixit: Scriptum est in psalmo: Dixi proloquar aduersum me delictum meum domino meo, et tu dimisisti impietatem cordis mei (Ps. 31, 15). Dixi: Proloquor, et tu dimisisti. Commendaui istam miseriam, immo ex miseria commendaui cum uestris orationibus. Disposuimus orare, et exauditi sumus. Sit gaudium nostrum actio gratiarum. Citius exaudita est mater ecclesiae quam in perniciem maledicta mater illa. Conuersi ad dominum» etc.: Agustín, sermón CCCXXIII, 3-4 (final): PL 38, 1446. El sermón siguiente, el CCXXIV, pronunciado al día siguiente, es para completar lo que tuvo que ser interrumpido por el milagro acaecido, a causa del cual «subito laetitiae tumultus exortus est, et nos aliter compulsi finire sermonem»: PL 38, 1447. El CCCXXIV es una exhortación muy breve y puramente circunstancial.

⁶⁷ Agustín, Enarratio in Ps. CXXXVI, 10: CCL XL, 1070.

⁶⁸ Agustín, sermón CCCXXXII, 4: PL 38, 1463.

⁶⁹ Agustín, Enarratio in Ps. CXXXVIII, 14: CCL XL, 2000. El pasaje es tan bello que merece ser transcrito: «Et nox illuminatio mea in deliciis meis (Ps 138, 1). Facta est mihi nox in deliciis. Deliciae nostrae Christus. Videte quemadmodum de illo modo gaudeamus. Clamores isti uestri, gaudia ista uestra unde sunt nisi de deliciis? Vnde autem istae deliciae, nisi quia nox illuminata est, nisi quia nobis Christus dominus praedicatur?».

uisae»⁷⁰. Es aquí oportuno recordar otros pasajes de san Agustín próximos ideológicamente al último lugar citado, en que el obispo de Hipona alude a la reacción del público con demostraciones visibles para expresar realidades espirituales invisibles, es decir, no percibidas por los ojos carnales. Son los siguientes pasajes: «Benedicat filios tuos in te. Quis? Qui posuit fines tuos pacem. Quomodo exultastis omnes! Hanc amate, fratres mei. Multum delectamur quando clamat de cordibus uestris pacis dilectio. Quomodo uos delectauit! Nihil dixeram, nihil exposueram; uersum pronuntiaui, et exclamastis. Quid de uobis clamauit? Dilectio pacis. Quid ostendi oculis uestris? Vnde clamatis, si non amatis? Vnde amatis, si non uidetis? Inuisibilis est pax. Quis est oculus, quo uisa est, ut amaretur? Neque enim adclamaretur, nisi amaretur. Haec sunt spectacula quae exhibet deus rerum inuisibilium (y no los espectáculos circenses, contra los cuales habla san Agustín en la misma exhortación). Quanta pulchritudine intellectus pacis corda uestra percussit!... Praeuenit omnia uerba mea uester affectus»⁷¹. «Quid enim, fratres mei, quis amat quod non uidet? Quare autem quando laudatur caritas, erigimini, adclamatis, laudatis? Quid uobis ostendi? Aliquos colores protuli? Aurum et argentum proposui? Gemmas de thesauris effodi? Quid tale ostendi oculis uestris? Numquid facies mea mutata est cum loquor? Carnem gero, in ipsa forma estis in qua uenistis. Laudatur caritas, et clamatis. Certe nihil uidetis. Sed quomodo uobis placet quando laudatis, sic uobis placeat, ut in corde seruetis»⁷². Tal vez cuando Agustín dijo en otra ocasión «adclamastis, suspirastis»⁷³, los suspiros fueron lo suficientemente sonoros para poder ser llamados aclamaciones, o, en todo caso, las aclamaciones iban mezcladas con suspiros, de amor en este caso⁷⁴. Sabemos de otro caso, ya no sacado de la predicación de san Agustín,

⁷⁰ Agustín, Enarratio II, 8 in Ps. XXVI: CCL XXXVIII, 158.

⁷¹ Agustín, Enarratio in Ps. CXLVII, 15: CCL XL, 2149 s.

⁷² Agustín, In I Iohannis tractatus VII, 10: PL 35, 2034. Este pasaje tiene un paralelo, chocante por la gran semejanza, en el ya citado (cf. nota 63) sermón Guelferb. XX 2. Si Dom MORIN, p. 505, hubiese señalado como paralelo del sermón Guelferb. este lugar del comentario de Agustín a la primera Epístola de san Juan, seguramente los que se han ocupado de la cronología de las obras agustinianas hubiesen aproximado dicho sermón al tract. VII in I Iohannis, pronunciado en el tiempo pascual del año 415, cuando Agustín contaba sesenta y un años de edad. De hecho, tanto en el *tractatus* como en el *sermón* (uno de los más bellos y curiosos de Agustín) el que habla se revela como un orador maduro, perfectamente penetrado con su auditorio.

⁷³ Agustín, sermón CCCII, 7: PL 38, 1388.

⁷⁴ Agustín, l. c., añade a continuación: «Amemus hanc (uitam, que es el mismo Dios) fortiter».

en que las aclamaciones fueron gritos mezclados con risotadas: las que provocó la infeliz intervención de san Epifanio de Salamina al final de un sermón de Juan de Jerusalén ⁷⁵.

En unos públicos de expresión más espontánea y primitiva que la de los nuestros, los gestos que acompañaban las aclamaciones no podían ser nada contenidos. No sabemos mucho de los gestos ⁷⁶. Ya hemos mencionado los aplausos. No sólo se aplaudía con las manos, sino también pateando ⁷⁷. Esto último hace suponer que los oyentes o escuchaban de pie ⁷⁸ o se levantaban llevados por el entusiasmo ⁷⁹. Que se levantaban es decir poco en algunos casos: la gente saltaba ⁸⁰. También agitaba pañuelos o prendas de vestir, costumbre, como la de los gestos expresados, propia de todos los auditorios de la antigüedad, no únicamente de los cristianos ⁸¹.

La reacción de los predicadores

Consideremos ahora cómo reaccionaban los predicadores ante las exteriorizaciones de los sentimientos del público, particularmente ante las alabanzas que les tributaban.

Dejemos de lado los aplausos desmesurados ⁸², exagerados, que disgustaban a los Padres de la Iglesia, ya que hacían que las iglesias pareciesen circos o hipódromos o teatros, lugares donde son

⁷⁵ Cf. JERÓNIMO, *Contra Iohannem Hierosolymitanum*, 11: PL 23, ed. 1865, 380 s. (alias 363 s.): «Qui risus omnium, quae acclamatio consecuta sit, puto quod retineas».

⁷⁶ Sobre la gesticulación de los antiguos, en general, puede verse KLAUSER, *Akklation*, col. 232 s. .

⁷⁷ «Adoplodebas pedem»: Jerónimo, Epístola LI, 3, citada en la anterior nota 57.

⁷⁸ Traté detalladamente de las posiciones corporales de los oyentes en *La predicación patristica: circunstancias de lugar*, en IX Symposium de Prehistòria i Arqueologia Peninsular — II Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispànica (Barcelona, 1982) 197-204.

⁷⁹ Así los entusiastas de Pablo de Samosata se levantaban al aclamarlo: cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, VII, XXX, 9 (véase la siguiente nota 123). «Erigimini, adclamatís, laudatís»: Agustín, In I Iohannis, tract. VII, 10 (citado en la anterior nota 25).

⁸⁰ «Ex latere subsaltabas»: Jerónimo, Epístola LI, 3 (en el contexto del lugar citado en las notas 25 i 77).

⁸¹ Cf. STUIBER, col. 93. Pablo de Samostaa (cf. Eusebio citado en la nota 123) quería ser ovacionado por gente que agitasen pañuelos: ὑθόναις. La verificación de la referencia a Jerónimo, dada por KRIEG, 647, en la que se hablaría de la *chlamys*, me ha resultado negativa. Si hemos de dar crédito a Jorge de Alejandría, biógrafo de san Juan Crisóstomo que escribe trescientos años después de la muerte del santo, Juan era aclamado como decimotercer apóstol: estas aclamaciones iban acompañadas de agitaciones de pañuelos o de otras prendas de vestir: Jorge de Alejandría, Vida de Juan, 42: ed. SAVILLE, *Chrysostomi opera*, VIII, 217.

⁸² Ya un testigo tan antiguo como Orígenes habla de ingentes ovaciones: Comentario a la Epístola a los Romanos, IX, 2: PG 14, 1208 C.

aplaudidos los aurigas, los músicos y los bailadores⁸³. Descartemos igualmente los aplausos insensatos por puro sensacionalismo, faltos de autenticidad y reprendidos ya por los oradores profanos⁸⁴. San Agustín hizo excluir la multitud sensacionalista de un diálogo con los donatistas⁸⁵; la presencia de tales espectadores no hubiese hecho más que entorpecer o dificultar el diálogo. Muchas veces se aplaude sólo por la costumbre de aplaudir, un vicio contra el cual, como veremos, algunos Padres no se atreven siempre a pronunciarse, por tratarse de una práctica muy arraigada en el pueblo. Hay oyentes que, más que rápidos en comprender lo que el predicador ha dicho o en adivinar lo que va a decir, se muestran ligeros y superficiales en la forma de querer demostrar que siguen bien al orador. San Agustín observaba que algunos le aplaudían antes de haber expuesto lo que quería decir⁸⁶. Si el santo predicador africano es benigno con esta clase de oyentes indiscretos, Isidoro de Pelusion⁸⁷ y otros no lo parecen tanto. Las exhortaciones que hacía san Juan Crisóstomo para que, en lugar de aplaudir, la gente reflexionase y se tomase muy en serio lo dicho por el predicador, ya provocaban aplausos⁸⁸. Cuando se examinan los testimonios antiguos relativos a los aplausos durante la predicación, uno se lleva la impresión de que a veces la gente aplaudía gratuitamente, sólo por el vicio de aplaudir, sin motivo suficiente, cuando no inoportunamente. Por el solo hecho de haber dicho Nestorio que el Verbo fue simultáneamente niño y señor de este niño, el público se puso a aplaudir, lo que motivó que Nestorio rogara a sus oyentes que no aplaudieran sin más ni más⁸⁹. En este caso pudo haber existido en el auditorio un cierto

⁸³ Véase el ya citado Isidoro de Pelusion, Epístolas, IV, 130: PG 78, 1212; Juan Crisóstomo, Sobre Lázaro homilía VII, 1: PG 48, 1045; del mismo Crisóstomo, Sobre los Hechos de los Apóstoles, homilía XXX, 4: PG 60, 226.

⁸⁴ Particularmente interesante es lo que refiere Aulio Gelio, *Noctes Atticae*, V, 1 (ed. C. Hosrus, Leipzig, Teubner, 1903, 210 s.), del filósofo (Rufo) Musonio y del modo cómo éste desaprobaba las demostraciones ruidosas hechas por los oyentes durante las lecciones: «Si quibusdam quasi frequentamentis orationis mouentur, exagitantur et gestiunt, tum scias et qui dicit et qui audiunt frustra esse neque illi philosophum loqui, sed tibicinem canere». La admiración no engendra palabras, sino silencio: «admiracionem non uerba parere, sed silentium». La misma idea en Jerónimo, *Comment. in Ecclesiasticum*, IX, 7, citado en la nota 131, en último lugar.

⁸⁵ Agustín, Epístola XLIV, 2 y 14: CSEL XXXIII, 110 s y 121.

⁸⁶ «Nihil dixeram, nihil exposueram, uersum pronunciaui et exclamastis»: Agustín Enarratio in Ps. CXLVII, 15: CCL XL, 2149.

⁸⁷ Isidoro Pelusiota, Epístolas, IV, 130: PG 78, 1212.

⁸⁸ Juan Crisóstomo, Sobre los Hechos de los Apóstoles, homilía XXX, 4: PG 60, 226.

⁸⁹ Nestorio, sermón XI: «Laudastis uocem, sed nolite eam sine cura (parum curiose) laudare» (según la traducción de Mario Mercator: PL 48, 830; E. SCHWARTZ, *Acta Conciliorum Oecumenicorum*, t. I, vol. alterum, Berlín-Leipzig 1925-1926, p. 61.

nerviosismo, una cierta tensión, debida a las controversias cristológicas, que no pocas veces se reflejaban vivamente en el pueblo⁹⁰. Con todo, Nestorio era un teólogo riguroso con su público y desconfiaba de los aplausos⁹¹; sospechaba que le aplaudían sin haberle comprendido⁹².

Nestorio parece haber sido un buen orador; por lo menos era, a su modo, inteligente. Mas nos encontramos con predicadores mediocres que también eran aplaudidos⁹³. San Cirilo de Jerusalén, a pesar del encanto que tienen sus catequesis y de la indudable habilidad de este orador como instructor y pastor, no puede ser colocado entre los grandes maestros de la elocuencia, siendo significativo que unos libros litúrgicos, de carácter edificante, como son los Menaia, atribuyan a Cirilo una cierta rusticidad⁹⁴; sin embargo, fue un predicador de gran popularidad, también fuera de Jerusalén, tanto, que un enemigo suyo, Acacio de Cesarea, no obtuvo que Silvano, obispo de Antioquía, prohibiera a Cirilo predicar en esta ciudad; Silvano tuvo miedo de enfrentarse al entusiasmo popular que el desterrado obispo de Jerusalén se había ganado⁹⁵. En todo caso, por lo que sabemos a través del mismo Cirilo, sus fieles de Jerusalén, por lo menos ellos, le aplaudían en ocasiones a veces un poco banales; bastaba que aludiera, por ejemplo, a la proximidad de los santos lugares para que el pueblo prorrumiera en aclamaciones⁹⁶. No queremos decir con eso que tal proximidad no sea en sí algo impresionante; nos parece observar, no obstante, en el público de Cirilo uno modo de reaccionar bastante primitivo y muy sentimental, como lo demuestra el testimonio de Egeria⁹⁷.

⁹⁰ Nestorio precisa con cuidado que él quiere decir que el Verbo era «infans et habitator infantis», poniendo énfasis, naturalmente, en la palabra *habitator*.

⁹¹ Πάλιν ὑποπτεύω τὸν κρότον: Nestorio, fragmento de sermón, del *quaternio* 21, ed. por F. LOOFS, *Nestoriana. Die Fragmente des Nestorius gesammelt, untersucht und herausgegeben* (Halle, 1915) 277. MANSI, IV, 1197.

⁹² «Habéis comprendido lo que quiero decir con *procedió?*»: Nestorio, *ibid.* (es el contexto subsiguiente inmediato).

⁹³ ZELLINGER, 409, cuenta entre los oradores cristianos mediocres que merecieron aplausos a Severiano de Gábara (cita la homilía VIII sobre la serpiente: PG 56, 510) y otros predicadores, cuyos nombres ni siquiera han merecido ser conservados, sino que necesitaron recomendarse a sí mismos con el pseudopígrafe de Juan (el Crisóstomo; así el autor de la homilía sobre la cananea y el faraón: PG 59, 661; y el de la homilía sobre lo que dijo el apóstol: Hago no lo que yo quiero etc.: PG 59, 668).

⁹⁴ Cf. PG 33, 321 (testimonio de los Menaia). Cirilo de Jerusalén improvisaba su predicación: cf. A. OLIVAR, *Preparación e improvisación en la predicación patrística*, en *Kyriakon: Festschrift Johannes Quasten*, II (Münster Westf., 1970) 742 s..

⁹⁵ Cf. TEODORETO DE CIRO, *Historia Eclesiástica*, II, 22: PG 82, 1064 s.

⁹⁶ Cirilo de Jerusalén, Catequesis XIII, 23: PG 33, 800.

⁹⁷ EGERIA, *Itinerarium*, XXIV, 10; XXXVI, 3, y XLVII, 2: CCL CLXXV, 69, 80

Primitivos y sentimentales, comparados con los nuestros, serían todos los auditorios antiguos, de un modo particular los orientales, el de Jerusalén en concreto, en el cual había mezcla de sirios, griegos y los nativos que quedaban⁹⁸. Naturalmente, si los auditorios estaban constituidos, por lo menos en parte, por gente culta, lo que sucedía sin duda en las ciudades mayores, el público era más sensible a la belleza del lenguaje. Este gusto particular por la belleza de la forma es algo que censuran los Padres de la Iglesia, cuando ella es más aplaudida que el contenido mismo de la predicación⁹⁹. No es que los Padres excluyan la belleza en la dicción, ni en la teoría ni menos en la práctica, como ya tendremos ocasión de demostrar; lo que ellos lamentan es que algunos se dejan entusiasmar más por las palabras¹⁰⁰ que por la doctrina. Y qué fácil le es, al predicador, engañar el público! Este público, para el cual san Jerónimo tiene palabras despectivas, por cuanto se deja seducir por la fluidez de la lengua que encubre una oración falta de contenido. El pueblo, como menos comprenda, más aplaudirá mientras las frases suenen hermosas¹⁰¹. «Buscad otro obispo que sea buen predicador y que en todo no intente sino agradaros», dijo Gregorio de Nacianzo — injustamente — cuando se despidió de su auditorio de Constantinopla¹⁰². El hecho frecuente de que muchos del público se retiraran una vez terminado el sermón demuestra que no iban a la iglesia para instruirse y orar, sino sólo para disfrutar de la belleza retórica del sermón¹⁰³.

y 89, respectivamente. Comento estos lugares de Egeria en *Les réactions émotionnelles des fidèles pendant la lecture solennelle de l'Écriture, dans l'Église des Pères*, citado en la anterior nota 17.

⁹⁸ Cf. Egeria, *Itinerarium*, XLVII, 3: CCL CLXXV, 89. En otra ocasión trataré de la cuestión de la diversidad lingüística del público en la predicación cristiana antigua y de los problemas que esto suscitaba; me limito, por el momento, a remitir al buen artículo de A. HERMANN, *Dolmetscher, del Reallexikon für Antike und Christentum*, IV, 24-49, especialmente 43 ss., y a A. QUACQUARELLI, *Retorica e liturgia antenica* (Roma, 1960) 18 ss. y 59 ss..

⁹⁹ Véase, por ejemplo, Juan Crisóstomo, Sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, homilía III, 3: PG 60, 226. Todo el contexto es una fuente importantísima para la historia de la predicación cristiana.

¹⁰⁰ «Compositio uerborum»: Jerónimo, *In Ecclesiasten*, 3: PL 23, 1037. El mismo autor escribe al presbítero Cipriano que hable «non composita oratione uerborum plausuque populari, qui solet imperitorum aures decipere atque palpare»: Jerónimo, Epístola CXL, 1: CSEL LVI, 269.

¹⁰¹ «Nihil tam facile quam uilem plebiculam et indoctam contionem linguae uolubilitate decipere, quae quidquid non intelligit, plus miratur»: Jerónimo, Epístola LII, 8: CSEL LIV, 429.

¹⁰² Gregorio Nacianceno, Logos XLII, 20: PG 36, 481; cf. 24: «no buscan sacerdotes, sino maestros de retórica»: 487 (todo el contexto interesa).

¹⁰³ Señalaré los testimonios correspondientes en un futuro trabajo sobre la asistencia de los cristianos de los primeros siglos a la predicación.

No puede decirse que los Padres de la Iglesia sean en principio contrarios a que el auditorio haga sus demostraciones de agrado y de asentimiento. Gregorio de Nacianzo, en el citado discurso de despedida, es ambiguo en lo concerniente a la retórica pastoral, de la que se despide con un nada disimulado sentimiento de perder un bien¹⁰⁴. Basilio de Cesarea dice que si alguien ha recibido el don de hablar de Dios y sobresale como comentador de las Sagradas Escrituras, ni tiene que ser envidiado, ni hay que hacerle callar si por la gracia recibida del Espíritu Santo obtiene alabanzas por parte de los oyentes. Hay que considerarlo como un bien de todos, pues se trata de un don de Dios, el cual nos regala con un hermano buen orador, y nadie tiene derecho a obstruir la fuente que mana en abundancia; cuando el sol resplandece, nadie se cubre los ojos, ni siente envidia por los que gozan de la luz; se contentan todos con desear este placer para sí mismos. Así pues, si en la Iglesia brota el manantial de la palabra de Dios y se difunden los dones del Espíritu Santo, hay que escuchar con gozo y recibir con agradecimiento este don. Tal vez a alguien le moleste que los oyentes aplaudan; es, sin embargo, un signo de que se saca fruto de la predicación; es lo que atestiguan las alabanzas. Una oposición no tiene excusa ante el juez de nuestras conciencias¹⁰⁵. Quizá sean estas expresiones de san Basilio el testimonio patrístico más explícitamente favorable a la actitud de los creyentes que alaban y aplauden a los predicadores; son al mismo tiempo una prueba del sereno equilibrio espiritual y de la prudencia de este santo. Si el juicio de san Juan Crisóstomo sobre los aplausos y las ovaciones del público parece alguna vez ambiguo¹⁰⁶, es debido al modo prudente de expresarse del santo doctor. En realidad, el Crisóstomo no es contrario a los aplausos¹⁰⁷. Aunque no deje de amonestar a los fieles a que graven en sus corazones de una forma indeleble las palabras que tanto les gustan y alaban, Juan no desprecia las alabanzas ni las rechaza, ya que son una demostración de como los fieles le siguen y están pendientes de él cuando les habla¹⁰⁸. Los aplausos sirven al

¹⁰⁴ Gregorio de Nacianzo, Logos XLII, 24: PG 38, 488.

¹⁰⁵ Basilio de Cesarea, homilía sobre la envidia, circa finem: PG 31, 384.

¹⁰⁶ Juan Crisóstomo, Sobre el sacerdocio, V, 2: PG 48, 673.

¹⁰⁷ Cf. Juan Crisóstomo, Sobre el libro de los Hechos, homilía XXX, 3-4: PG 60, 228. Éste es uno de los lugares patrísticos más extensos sobre el *ᾠόν*, quizá el más interesante.

¹⁰⁸ Juan Crisóstomo, Sobre el Génesis, homilía IV, 1: PG 54, 40.

Crisóstomo para medir el fervor y la atención del auditorio¹⁰⁹. No hay que reprender a los oyentes por sus aplausos; las ovaciones y otras manifestaciones del mismo orden son índices del fervor espiritual y pruebas del gusto con que se escucha (*φιληκοίας*)¹¹⁰. Por esto Juan Crisóstomo no tiene inconveniente en dar a la iglesia, en la que predica, el nombre de teatro espiritual¹¹¹. Juan se siente ayudado, animado por las manos (aplausos) de los fieles¹¹². «Esto es para mí la vida: el tener a mis oyentes benévolos, no únicamente para aplaudirme, sino además para ser corregidos, reprendidos...»¹¹³. Así vemos que, tan hábil como caritativamente, el Crisóstomo sabe comprometer con sus aplausos a los oyentes, que tanto le quieren: si le aplauden, han de estar dispuestos a recibir igualmente las reprensiones. En fin, los aplausos que los fieles de Antioquía tributaron a Diodoro, obispo de Tarso, invitado por Juan a predicar estando él presente, fueron según él una muestra de caridad fraterna y de cortesía que el mismo Juan agradece¹¹⁴.

Cronológicamente algo posterior a Juan Crisóstomo es Isidoro Pelusiota, el cual, consultado por un tal Doroteo sobre la actitud moral que hay que adoptar ante los aplausos, contesta que es imposible impedir que el público aplauda; tampoco es necesario prohibirle hacer tales demostraciones, que, por otro lado, dan ánimo al orador; basta con que el predicador aplaudido se ponga en guardia para no ser moralmente perjudicado por las ovaciones¹¹⁵. Casi del mismo tiempo, muy poco posterior, es Hesiquio de Jerusalén, el cual no teoriza sobre esto; en cambio, con una franqueza que raya a candidez se muestra encantado de los aplausos con que es obsequiado; dice: «Yo, hermanos míos muy amados, observando vuestro celo a escuchar las palabras divinas y de vuestro amor para con los intérpretes, vencido por vuestro gusto de oír, me siento estimulado en mi deseo de enseñar, encantado porque vuestra caridad me aplaude (*συγκροτῇσει*). Efectivamente, como discípulos instruidísimos aplaudís continuamente a los oradores, como los mari-

¹⁰⁹ Juan Crisóstomo, *sermón VII*, 1 sobre el Génesis: PG 54, 608.

¹¹⁰ Juan Crisóstomo, *Sobre el Evangelio de san Juan*, homilía III, inicio: PG 59, 37.

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Juan* 5, 19, inicio: PG 56, 247.

¹¹³ Juan Crisóstomo, *Homilía sobre la prohibición de ir al circo y al teatro*, circa initium: PG 63, 511.

¹¹⁴ Juan Crisóstomo, *Encomio de Diodoro*: PG 52, 761 s..

¹¹⁵ Isidoro de Pelusion, *Epístolas*, III, 343 y 382: PG 78, 1001 y 1025.

neros que van marcando el ritmo de los movimientos según el piloto...»¹¹⁶.

En Occidente tenemos preclaros testimonios de la sensatez y tolerancia de un san Agustín. Vale la pena de transcribir todo ese bello pasaje: «Quid ergo mihi hodie maxime faciendum est, nisi ut commendem uobis periculum meum, ut sitis gaudium meum? Periculum autem meum est, si attendam quomodo laudatis, et dissimulem quomodo uiuitis. Ille autem nouit, sub cuius oculis loquor, immo sub cuius oculis cogito, non me tam delectari laudibus popularibus, quam stimulari et angī, quomodo uiuant qui me laudant. Laudari autem a male uiuentibus nolo, abhorreo, detestor, dolori mihi est, non uoluptati; laudari autem a bene uiuentibus, si dicam nolo, mentior; si dicam uolo, timeo ne sim inanitatis appetentior quam soliditatis. Ergo quid dicam? Nec plene uolo, nec plene nolo. Non plene uolo, ne in laude humana periclitē; non plene nolo, ne ingrati sint quibus praedico»¹¹⁷. Qué sentimientos tan humanos! Podrían acaso expresarse con mayor naturalidad? En otro sermón dice san Agustín que las ovaciones o aclamaciones (*uoces*) son testimonios de la fe, de la caridad y del fervor de los oyentes¹¹⁸, y añade que a las aclamaciones del pueblo ha de corresponder el comportamiento de los pastores.

Ahora bien, si los Padres no se oponen por sistema a las ovaciones populares durante la predicación, preferirían que, en principio, el público se abstuviera de los «inanes et uanissimos plausus», sobre todo cuando substituyen la compunción del corazón¹¹⁹. San Juan Crisóstomo y otros Padres recomiendan que no se aplauda, pero en muchas de estas amonestaciones, particularmente cuando las hace el

¹¹⁶ Hesiquio de Jerusalén, homilía festal VI, 5: ed. AUBINEAU, I, 199. Hesiquio demuestra que sus oyentes hierosolimitanos no eran nada diferentes de los de Cirilo y de Egeria, no muy alejados de él cronológicamente.

¹¹⁷ Agustín, sermón Frangipane II, 1: ed. MORIN, 190, del que me he permitido corregir ligeramente la puntuación. El tema del discurso es «de proprio natali» (aniversario de la consagración episcopal).

¹¹⁸ «Animus uester et studium fidei et fragrantia caritatis et abundantia zelus domus dei apparuit in uocibus uestris, quae satis claras uestri cordis testes habuistis»: Agustín, sermón XXIV, 5: CCL XLI, 330. San Agustín continúa diciendo que lo que son las aclamaciones del pueblo han de ser las obras de los pastores. Todo el capítulo 5 de este sermón es digno de ser tenido en consideración.

¹¹⁹ Ferrando de Cartago, biógrafo de san Fulgencio de Ruspe, escribe de él: «Plurimos... ecclesiasticos sermones, quos in populis diceret, scribendos dictauit. Vbicumque sermonem faciebat, omnium animos demulcebat, nec ad inanes et uanissimos plausus, sed compunctionem generans cordis»: *Vita Fulgentii*, XXVII: ed. G. LAPEYRE, *Vie de saint Fulgence de Ruspe* (París, 1929) 133.

Crisóstomo¹²⁰, se trata menos de una condenación de los aplausos que de la preocupación de que todo el entusiasmo del público se reduzca a tales demostraciones, las cuales son buenas cuando luego se transforman o terminan en obras. En cierta ocasión, Juan Crisóstomo se sorprendió del silencio del auditorio; lejos de quejarse por ello dijo que el silencio hacía a los oyentes más cuerdos¹²¹.

En todo caso, el orador cristiano no buscará nunca las alabanzas. No ha faltado quien lo hiciera. El caso más lamentable quizás fue el de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía a mediados del siglo III, amigo de ostentaciones y pavonadas, si hemos de dar fe a las fuentes históricas antiguas, las cuales posiblemente afean con exageración este personaje merecedor de reprobación por su pensamiento teológico de tendencia monarquiana. Alguien cree que Pablo fue el primer predicador cristiano en adoptar la forma del discurso solemne en substitución de la sencilla homilía primitiva¹²². Pablo, entre otros detalles que proporciona Eusebio de Cesarea, llevaba consigo una claque de presbíteros y diáconos, y ay de los que no se sumaban a sus aplausos! Lo que refiere Eusebio sobre Pablo según las acusaciones que los obispos orientales hicieron contra el de Antioquía en cartas al obispo de Roma, Dionisio, y al de Alejandría, Máximo, es muy pintoresco. El obispo de Antioquía se comportaba como un funcionario civil, que Pablo al mismo tiempo era. En las asambleas eclesiásticas armaba espectáculos fantásticos, capaces de excitar las imaginaciones y de mantener el boato de que se rodeaba. Se hizo construir un trono sobre un estrado (*bema*), impropio de un discípulo de Cristo... Se daba golpes en el muslo, pateaba sobre el estrado; reprendía e insultaba a los que no le ovacionaban agitando pañuelos, como se hace en los teatros, y a los que no le aclamaban y que no se levantaban rápidamente, como hacían los partidarios que le rodeaban, hombres y mujeres que le escuchaban de un modo impropio y no con el respeto y recogimiento propios de la casa de Dios...

¹²⁰ Cf. Juan Crisóstomo, Comentario a Mateo, homilía XVII, 7: PG 57, 264 (Juan no necesita los aplausos o demostraciones ruidosas: *θορύβων*); hom. II, 4, al pueblo de Antioquía: PG 49, 38 (la iglesia no es un teatro y no hay que ir a ella para escuchar por mera delectación) y hom. V, 2: 70; Sobre el libro de los Hechos, la ya tan repetidas veces citada homilía XXX, 4: PG 60, 227; Comentario al Génesis, hom. LIV, 2: PG 54, 472 (lo que el Crisóstomo espera no son los aplausos, sino el provecho de los fieles); Comentario a la Epístola a Tito, hom. II, 3: PG 62, 674; Sobre lo incomprensible, hom. V, 7: PG 48, 746; homilía sobre Rom. 12, 20, si tuviera hambre etc., 1: PG 51, 171-173.

¹²¹ Juan Crisóstomo, Sobre Lázaro, homilía II, 3: PG 48, 985.

¹²² M. SCHIAN, artículo *Predigt (Geschichte der christlichen)*, en *Realencyclopädie für protestantische Theologie und Kirche*, 3.^a ed., XV, 630.

Hablaba no como corresponde a un obispo, sino a un sofista y a un charlatán... En día de Pascua hacía cantar en honor suyo en la iglesia a mujeres que daba horror oírlas. A los obispos rurales y de las ciudades vecinas y a los presbíteros que lo adulaban durante las homilías dirigidas al pueblo, les dejaba hablar¹²³. Este testimonio de Eusebio es de primer orden, pues Pablo de Samosata por su anti-güedad se halla muy cerca de la retórica profana tradicional, de cuyas formas él se hace imitador introduciéndolas en sus funciones episcopales.

Hemos de recordar aquí otra vez la homilía XXX del comentario al libro de los Hechos de los Apóstoles, de san Juan Crisóstomo pasaje famoso e importante para la historia de la predicación cristiana, texto demasiado largo para que podamos transcribirlo o traducirlo aquí entero, como se merecería¹²⁴. Juan parte de una posible objeción del público: nos estás hablando de la necesidad de la modestia, y de esto tejes una opulenta oración. En todo caso, el Crisóstomo no quiere ser — y sus fieles lo saben — como los predicadores vanidosos, para quienes los aplausos valen un imperio, y que cuando al final del discurso no obtienen sino silencio, la situación les resulta peor que el infierno. Tampoco en este lugar se declara Juan contra la oratoria, mientras vaya orientada al provecho espiritual de los fieles. Éstos, por su parte, no han de estar presentes como un público que sólo busca el placer que persiguen los que van a oír a los cantores e instrumentistas. Así pues, el peligro existe para ambos: para el predicador y para el auditorio. Ni uno ni otro han de buscar más que el aprovechamiento espiritual. Por lo que se refiere a él, a Juan, no le importa parecer pesado y molesto, ni va en pos del favor del auditorio, sino de la utilidad de todos, ni espera tanto los aplausos y las alabanzas, cuanto el provecho y la virtud de sus oyentes¹²⁵. A un orador como Juan Crisóstomo sólo preocupaba eludir los peligros a que puede exponer la oratoria, la cual para el presbítero de Antioquía, más tarde obispo de Constantinopla, fue un gran instrumento — probablemente el mayor — de labor pastoral.

¹²³ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, VII, xxx, 8-10 (cf. 12): ed. E. SCHWARTZ 170, o *Sources Chrétiennes* XLI, 216 s.

¹²⁴ Juan Crisóstomo, Sobre el libro de los Hechos, homilía XXX, particularmente la segunda parte del capítulo tercero y el cuarto: PG 60, 225 s.

¹²⁵ Juan Crisóstomo, homilía sobre 1 Cor. 7, 2, cap. 2: PG 51, 210.

Conocida es la importancia que tiene todo el libro IV de la obra *De doctrina christiana* de san Agustín como documento para la historia de la predicación. Agustín se declara propugnador de la *dictio submissa*, la menos retórica, la que es capaz de arrancar aplausos no por la fuerza retórica, sino por los argumentos que propone¹²⁶. Sin embargo, en la práctica, cuando conviene, sabe Agustín hacer recurso a una elocuencia «grande», como una vez en Cesarea de Mauritania, donde provocó una curiosa mezcla de aclamaciones y lágrimas¹²⁷. En otros textos ya citados de san Agustín hemos podido ver como éste tiene la precaución de prevenirse a sí mismo contra los peligros que corre el predicador elocuente que se ve favorecido por el éxito. En otros lugares se entretiene extensamente Agustín en tratar de este asunto, y lo hace bellamente, humildemente, diciendo que sería mucho más seguro para él encontrarse entre los oyentes y escuchar que tener la responsabilidad de predicar¹²⁸. El predicador, si lo hace bien, se arriesga a caer en la vanagloria, de jactarse de su propio valor. De hecho, algunos ya le acusaban de esto: de que hablaba para adquirir ovaciones y alabanzas. El mismo san Agustín menciona tales acusaciones y, con la familiaridad y la sinceridad que le caracterizan, ni siquiera intenta defenderse; confía en los suyos y, sobre todo, confía en Dios, su único juez, pues ni los oyentes ni él mismo pueden juzgar sus intenciones¹²⁹.

Menos considerado, más radical, es san Jerónimo cuando critica sin matizar a los predicadores grandilocuentes, buscadores de aplausos. Las descripciones que hace de ellos parecen falsas por retoricadas¹³⁰. No menos retoricadas, con un no sé qué de insinceras

¹²⁶ «...maxime quando adest ei (dictioni submissae) quoddam decus non appetitum, sed quodammodo naturale, et nonnulla non iactantacula, sed quasi necessaria atque, ut ita dicam, ipsis rebus extorta numerositas clausularum, tantas acclamationes excitat, ut uix intellegatur esse submissa... Vnde autem crebro et multum acclamatur ita dicentibus, nisi quia ueritas sic demonstrata, sic defensa, sic inuicta delectat? Et in hoc igitur genere submisso iste noster doctor et dictor id agere debet, ut non solum intellegenter, uerum etiam libenter et oboedienter audiat»: Agustín, *De doctrina christiana*, IV, xxvi, 56: PL 34, 117.

¹²⁷ Cf. Agustín, *De doctrina christiana*, IV, xxiv, 53: PL 34, 115.

¹²⁸ Agustín, In Iohannem tract. LVII, 2-3 y sobre todo 6: CCL XXXVI, 470 s. y 472.

¹²⁹ «Quam multi dicunt me propterea loqui uobis ut acclametis et laudetis me, et hunc me habere finem et hanc intentionem cum loquor! Et quomodo eis ostendo non ea intentione me loqui? Restat ut dicam: Tu cognouisti semitas meas (Ps. 141, 4). Quomodo illi sciunt quod nec uos scitis? Quomodo illi sciunt quod uix ego scio? Neque enim ego me ipsum diiudico; qui enim iudicat me dominus est (1 Cor. 4, 3 s.): Agustín, Enarratio in Ps. CXLI, 8: CCL XL, 2051. El texto no podía ser ni más hermoso ni más agustiniano.

¹³⁰ «Omissa apostolicorum simplicitate et puritate uerborum quasi ad Athenaeum et ad auditoria conuenitur, ut plausus circumstantium suscitentur, ut oratio rhetoricae artis fucata mendacio quasi quaedam meretricula procedat in publicum, non tam eruditura populos

son, o parecen ser, otras recomendaciones del propio Jerónimo¹³¹. En cambio, son más sencillas y sinceras las normas de simplicidad para los oradores eclesiásticos (obispos) contenidas en *De uita contemplatiua* de Julián Pomerio¹³², maestro de san Cesáreo de Arlés. Según Julián, que en algunos puntos parece depender de Jerónimo, puede el pontífice al predicar suscitar lágrimas; de todos modos, que empiece por derramarlas él; «minus Latinus, disciplinatus tamen et grauis sermo debet esse pontificis, ut ab intelligentia sui nullos, quamuis imperitos, excludat, sed in omnium audientium pectus cum quadam delectatione descendat»¹³³. Vemos, por consiguiente, que para un maestro espiritual tan moderado y ecuánime como Julián Pomerio la delectación no está excluida como medio de hacer penetrar mejor la palabra de Dios.

Mas no tratamos aquí de la actitud de los Padres de la Iglesia ante el arte de la retórica y de su uso en la práctica pastoral. Los testimonios patrísticos son abundantes y el tema ha sido ya más o menos abordado por varios autores. Este trabajo tiene por objeto los testimonios patrísticos relativos a las ovaciones que obtenían los predicadores antiguos, y hemos podido ver que entre los grandes oradores de los primeros siglos de la Iglesia hay santos como Juan Crisóstomo y Agustín que no se declararon de un modo absoluto y tajante contra tales reacciones del auditorio por razones humanas y pastorales, aunque, naturalmente, decían que no hay que buscar

quam fauorem populi quaesitura, modum psalterii et tibiae dulce canentis sensu demulceat audientium...»: Jerónimo, *Commentarius in Epistola ad Galatas*, libro III, proemio: PL 26 427 A.

¹³¹ «Qui si flumen eloquentiae et concinnas declamationes desiderant, legant Tullium, Quintilianum, Gallionem, Gabinianum, et ut ad nostros ueniam, Tertullianum, Cyprianum, Minutium, Arnobium, Lactantium, Hilarium. Nobis propositum est Esaïam per nos intelligi, et nequaquam sub Esaïae occasione nostra uerba laudari»: JERÓNIMO, *Commentariorum in Isaïam prophetam libri VIII* proemio: CCL LXXIII, 315. «Ne a me queras pueriles declamationes, sententiarum flosculos, uerborum lenocinia et per fines capitum singulorum acuta quaedam breuiterque conclusa, quae plausus et clamores excitent audientium...»: Epístola LII, 4: CSEL LIV, 420; véase también el cap. 8 de la misma carta: «Dicente te in ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur; lacrimae auditorum laudes tuae sint...; non te declamatorum esse et rabulam garrulumque...» (p. 428). «Quemcumque in ecclesia uideris declamatorum et cum quodam lenocinio ac uenustate uerborum excitare plausus, risus excutere, audientes in affectus laetitiae concitare, scito signum esse insipientiae, tam eius qui loquitur quam eorum qui audiunt. Verba quippe sapientium in quiete et moderato audiuntur silentio; qui uero insipiens est, quamuis sit potens et clamorem siue suae uocis siue populi habeat acclamantis, inter insipientes loquitur»: *Commentarius in Ecclesiasticum* IX, 17: CCL LXXII, 332; véase a propósito de este último texto nuestra anterior nota 84.

¹³² Julián Pomerio, *De uita contemplatiua*, libro I, capítulos 22 y 23: PL 59, 438-439.

¹³³ *Ibid.*, cap. 23: PL 59, 439 A.

expresamente o provocar las aclamaciones y los aplausos¹³⁴, ya que el público, inestable, es falaz y doloso, y se deja fácilmente influir, de manera que ni el Hijo de Dios se fiaba de él¹³⁵. Comentando Marcos 4, 36: «et dimittentes turbam», dijo san Pedro Crisólogo: «Dimittunt turbam, qui popularem auram et uulgum deserunt incerto semper iudicio peruagantem, nec addicti rumoribus humanis a uirtutis itinere retardantur, sed de bono conscientiae stabiles et securi laudum et derogationum mendaces fluctus Christo comitante pertranseunt»¹³⁶. Estas palabras no se refieren concretamente a la predicación, pero son expresiones de un predicador antiguo.

Aprovechamiento espiritual de las ovacioens

Algunos de los testimonios citados nos han dicho de paso que a los predicadores antiguos les preocupaba menos si deben permitirse o no los aplausos que el interés que han de tener los fieles en convertir en obras lo que aclaman u ovacionan. Otra vez son los mejores representantes de la predicación patrística los que nos proporcionan mayor cantidad de testimonios a este respecto.

Juan Crisóstomo cree poder ver en los aplausos la señal de un buen propósito en las voluntades de los que aplauden¹³⁷. No basta, ciertamente, con aplaudir¹³⁸; el hombre es capaz de ovacionar a un orador cuando éste habla elocuentemente contra unos vicios de los que el mismo ovacionador es culpable¹³⁹. Las verdaderas alabanzas, los aplausos sinceros son las obras¹⁴⁰. Juan no habla para que sus

¹³⁴ Juan Crisóstomo es autor de un sermón sobre el tema «Que no hay que predicar para agradar»: PG 50, 653-662.

¹³⁵ Juan 2, 23-25.

¹³⁶ Pedro Crisólogo, sermón XXI, 1: CCL XXIV, 123.

¹³⁷ Juan Crisóstomo, Sobre el Génesis sermón VII, 1: PG 54, 608. Cf., del mismo, Comentario al Génesis, homilía LVI, 2: PG 54, 488; y el sermón sobre Severiano: PG 52, 426.

¹³⁸ Juan Crisóstomo, Homilía sobre 2 Cor. 11, 1, final: PG 51, 310.

¹³⁹ «Habéis aplaudido y elogiado mucho; ved que con tanto aplauso no se diga lo mismo de vosotros» (o sea, que no se os pueda acusar de las mismas malas acciones de los paganos): Juan Crisóstomo, Sobre la I Carta a los Corintios homilía IV, 6, c. finem: PG 61, 39 s.. Después de una frase enfática pronunciada durante la homilía VII sobre las Estatuas, el pueblo antioqueno reaccionó, lo cual dio pie a que el Crisóstomo añadiera: «Ahora aplaudís mis palabras, pero mejor las alabaréis cuando os hayáis corregido»: PG 49, 97 s..

¹⁴⁰ Ἐκείνων ζητῶ τὸν ἑπαῖνον ἐκείνων, τὸν κρότον τὸν διὰ ἔργων αὐτῶν: Juan Crisóstomo, Sobre el que es incomprensible, homilía III, 7, c. finem: PG 48, 728. Una vez que el público de Antioquía había aplaudido — un poco simplemente, por cierto, pues Juan no había dicho nada más que cuando tenemos sed no necesitamos que nadie nos lo avise —, el Crisóstomo dijo: «Habéis aplaudido lo que estoy diciendo. Pues demostrad la alabanza

palabras sean aplaudidas, sino puestas en práctica, y para que los ejemplos que el propone sean imitados¹⁴¹. Aplaudir ha de equivaler a imitar¹⁴². «Hábeis alabado lo que he dicho? Yo no necesito vuestros aplausos (κρότων), ni vuestro clamor (θορύβων), ni de vuestro estruendo (ῥῆγες). Una sola cosa es la que quiero: que escuchando con silencio, interés y atención lo que se dice, pongáis en práctica estas palabras. Esto es lo que prefiero a los aplausos y encomios. En cambio, si escuchas lo que se dice y no haces lo que alabas, tendrás un castigo mayor, más grave la responsabilidad, y para nosotros esto redundará en vergüenza y burla. No es esto un teatro ni estáis contemplando una representación teatral para que os podáis limitar a aplaudir. Estoy ejerciendo el magisterio espiritual»¹⁴³. Y en otro lugar: «De qué me aprovechan vuestros aplausos si no os veo adelantar en la virtud? Qué daño se me sigue de vuestro silencio si veo que se va aumentando vuestra piedad? Porque la alabanza del predicador no consiste en los aplausos, sino en el celo y anhelo de los oyentes por la piedad; ni en el alboroto suscitado mientras el orador os habla y vosotros oís, sino en el empeño y diligencia en la virtud demostrados en todo tiempo. El aplauso apenas sale de la boca y se difunde y muere en el aire; en cambio, el mejoramiento de los oyentes tanto al que habla como a los que le hacen caso les acarrea una incorruptible e inmortal recompensa. El que vuestro clamor aplauda a quien aquí os habla hace al orador más ilustre en este mundo; mientras que la piedad de vuestras almas da al que os enseña una grande confianza delante del tribunal de Cristo. De manera

mediante vuestras obras. De otra manera, qué utilidad se saca de esta reunión?: homilía V al pueblo de Antioquía sobre las Estatuas: PG 49, 79. Hacia el final del mismo discurso, dice el predicador: «Ahora vosotros alabáis durante unos breves instantes lo que os hemos dicho, pero si lo ponéis en práctica entonces durante todo el día y durante toda la vida nos alabaráis a nosotros y a vosotros mismos también os alabaréis»: l. c., 81 s. No menos expresivo es este otro pasaje de las mismas Homilías sobre las Estatuas (hom. II): «No es la iglesia un teatro para que vengáis a escuchar por placer... Qué utilidad saco yo de estos aplausos?Cuál de las alabanzas y de los murmullos de aprobación? Mi alabanza consiste en que con las obras llevéis a la práctica las cosas que aquí se os dicen. Entonces debo ser tenido como feliz y bienaventurado. No cuando me recibáis con aplausos, sino cuando con toda presteza pongáis por obra cuanto de nosotros oís»: PG 49, 38.

¹⁴¹ «Yo os pongo delante estas historias (la de Job y otras) no para que alabéis el modo de contarlas, sino para que imitéis la virtud y paciencia de estos hombres generosos»: Crisóstomo, homilía V sobre las Estatuas: PG 49, 70.

¹⁴² «Esto lo he dicho no únicamente para que lo oigáis, ni para que habiéndolo oído me aplaudáis, sino para que lo imitéis»: Crisóstomo, Homilía en alabanza de Máximo etc., c. finem: PG 51, 240. Casi las mismas palabras en la Homilía predicada en la iglesia de Santa Anastasia (de Constantinopla) delante de pocos oyentes, c. finem: PG 63, 500; Homilía sobre la limosna, c. medium: PG 51, 235.

¹⁴³ Juan Crisóstomo, Comentario a Mateo, homilía XVII, 7: PG 57, 264.

que si alguno quiere mostrar su cariño al predicador, que no ame los aplausos, sino la utilidad de los oyentes»¹⁴⁴. Hemos transcrito estos pasajes, no solamente por lo interesantes que son a nuestro propósito, al par que bellos, sino porque en ellos, como en un espejo, se reflejan los sentimientos personales del santo orador que pronunció tales palabras, sentimientos de sincera preocupación.

Para Agustín *laudare es amare*¹⁴⁵; sin amor las alabanzas serían vacías. *Laudare* ha de convertirse en *facere*¹⁴⁶. Para que las aclamaciones y los aplausos no sean vanos, han de corresponder a ellos las obras¹⁴⁷. En Cesarea de Mauritania Agustín no se dio por satisfecho hasta que convirtió las ovaciones en lágrimas¹⁴⁸. «Facile est audire Christum, facile est laudare euangelium, facile acclamare disputatori: perseuerare usque in finem, hoc est ouium uocem pastoris audientium»¹⁴⁹. Como el Crisóstomo, el santo doctor africano dice a sus oyentes que más que aclamar lo que ellos tienen que hacer es hablar contra el vicio que precisamente han reprobado ruidosamente alabando al orador que clamaba contra él¹⁵⁰. En fin, ya nos hemos encontrado con pasajes de Agustín, en los que el santo expresa y repite que prefiere a las voces de los encomiadores las obras de los que se esfuerzan por ser santos¹⁵¹.

¹⁴⁴ Juan Crisóstomo, Homilía contra los que no concurrieron a la asamblea etc.: PG 51, 172 s..

¹⁴⁵ «Audistis, et gauisi exclamastis. Amate quod audistis...»: Agustín, In I Iohannis tract. III, 11: PL 35, 2003. «Deum ama si aliquid in te agit quod audis et laudas»: In Iohannem tract. XL, 10: CCL XXXVI, 356. «Quod amas in terra impedimentum est, uiscum est pennarum spiritualium, hoc est uirtutum quibus uolatur ad deum. Capi non uis, et uiscum amas? Numquid ideo non caperis quia dulciter caperis? Quanto magis delectat, tanto fortius strangulat. Haec dico, et laudatis et clamatis et amatis. Respondet tibi non ego, sed patientia: Mores uolo, non uoces. Sapientiam lauda uiuendo; non sonando, sed consonando»: Agustín, sermón CCCXI, 4: PL 38, 1415.

¹⁴⁶ «Dolete qui intellexistis; corrigimini si doluistis. Quamdiu laudare et non facere?»: Agustín, sermón LX, 6: PL 38, 405.

¹⁴⁷ «Clamauimus et laudauimus. Componamus causam nostram. Qui testis est operum uestrorum, ipse testis est uocum istarum. Non sint inanes, conuertantur ad gemitum»: Agustín, sermón IX, 2: CCL XLI, 107. «Habetis in nomine Christi quantum arbitror sermonem de faciendis elemosynis. Vox ista uestra laudantium tunc accepta est domino si uideat et manus operantium»: Agustín, sermón LXXXVI, conclusión: PL 38, 530. Los ejemplos de Agustín podrían multiplicarse.

¹⁴⁸ Cf. Agustín, De doctrina christiana, IV, xxiv, 53: PL 34, 115 s..

¹⁴⁹ Agustín, In Iohannem tract. XLV, 13: CCL XXXVI, 395.

¹⁵⁰ «Quid dicat auaritia non habet. Clamastis ad uerba ista. Loquimini contra illam, non nos uincat, non plus ualeat in cordibus uestris quam redemptor uester»: Agustín, sermón LXXXVI, 14: PL 38, 529.

¹⁵¹ Otro testimonio: «Non nos tam delectant uoces laudantium quam deuotio contentium et facta rectorum. Et quam non delectamur nisi profectibus uestris, in istis autem laudibus quam periclitemur, ille nouerit qui ab omnibus periculis liberet, et nos uobiscum ab omni temptatione saluatos in regno suo cognoscere et coronare dignetur»: Agustín, Enarratio in Ps. LXVI, conclusión: CCL XXXIX, 868.

Origen histórico de las ovaciones

Hagámonos, antes de terminar, una pregunta sobre el origen histórico de las reacciones de los auditorios cristianos o sobre el lugar que ocupan, en su conjunto, en la historia del comportamiento humano. Naturalmente, no podemos calificar tales reacciones como algo específicamente cristiano. Quién dudará en decir que los aplausos y las aclamaciones — no menos que los silbidos¹⁵² y otras señales de desaprobación — son una herencia de las actitudes de los públicos antiguos, en general?¹⁵³ Ante los aplausos y las aclamaciones los Padres de la Iglesia protestan y recuerdan a los oyentes que los templos cristianos no son teatros¹⁵⁴. De todos modos, así como hay predicadores, como Juan Crisóstomo y Agustín, que no se declaran de manera absoluta contra los aplausos, también un Padre como el Crisóstomo compara la iglesia a un teatro en sentido espiritual: πνευματικὸν θέατρον¹⁵⁵.

Con todo, es injusto decir que por el solo hecho de ovacionar al predicador el auditorio que lo hacía se comportaba como un público de circo o de teatro. Si, por un lado, la predicación cristiana es, incluso formalmente, algo nuevo en la historia de la vida helenístico-romana, por otro los cristianos, al aplaudir y aclamar a sus oradores, se comportaban como hijos de la antigüedad que eran y, en último término, como hombres de todos los tiempos¹⁵⁶.



Y éstas son las conclusiones a que llegamos. Comparados con los hombres «occidentales» de hoy (no hablo de los orientales actuales, los cuales conservan mucho más el modo de ser de los antiguos en general), los oyentes cristianos antiguos, no menos que los paganos, reaccionaban con vivacidad, espontaneidad y simplicidad, exteriorizando de forma casi primitiva los sentimientos de admiración

¹⁵² Cf. nota 52.

¹⁵³ El examen de la terminología nos hubiese llevado a la misma conclusión. «Wie die Sache selbst, so sind auch die Worte dem antiken Theaterapplaus entnommen», escribe ZELLINGER, 404. Hubiese sido interesante entretenerse en el estudio terminológico comparativo; no lo hemos hecho aquí para no dar mayor extensión a este artículo.

¹⁵⁴ Véanse nuestras notas 120, 140, y 143, y los lugares citados por STUIBER, *Beifall*, 101.

¹⁵⁵ Juan Crisóstomo, Sobre el Evangelio de Juan, homilía III, exordio: PG 59, 37.

¹⁵⁶ Trato de esto con un poco más de extensión en el ya anunciado estudio *Les réactions émotionnelles des fidèles pendant la lecture solennelle de l'Écriture*.

(o de reprobación), de un modo más o menos profundo y sincero; con lo cual no se quiere decir que los hombres de hoy, los de la civilización llamada «occidental», no sean capaces, en determinadas ocasiones, de hacer lo mismo. Las reacciones de los auditorios antiguos condicionaba, ciertamente, la predicación de los Padres, por lo menos la de oradores improvisadores como Juan Crisóstomo y Agustín, los cuales se abstuvieron de condenar sin reservas las ovaciones, pues veían en ellas, cuando eran justas y apropiadas, testimonios de atención, de buena disposición espiritual y de fe. En esto precisamente se diferenciaban los públicos cristianos de los paganos: en que los cristianos escuchaban y reaccionaban llevados por la fe que los poseía, hablando en general. Los pasajes patrísticos que han entrado en consideración, algunos de ellos vivísimos, podrán quizá no aportar muchos elementos nuevos para ilustrar la historia de los auditorios de la antigüedad y de sus reacciones; sí, en cambio, son un vivo reflejo de las convicciones de una fe que no hallamos, naturalmente, en los públicos no pertenecientes a la Iglesia.

Quiero terminar esta exposición dando la palabra otra vez a san Juan Crisóstomo, el cual empieza así uno de sus discursos pastorales: «Temía yo que lo largo del discurso pasado engendrara en vosotros fastidio por mi enseñanza. Pero advierto que ha sido al contrario y que lo continuado de la explicación no sólo no os ha engendrado fastidio, sino que ha aumentado vuestro anhelo de escuchar. No os produjo saciedad, sino que os aumentó el placer... Cuanto más largamente os explicamos la doctrina, tanto mayor anhelo os encendemos... De dónde nos consta? De que al final del discurso los aplausos fueron más abundantes y las aclamaciones más esforzadas... El auditorio al comienzo no se conmovía notablemente. Pero en cuanto el discurso hubo avanzado lo bastante, y acometió todas las partes del argumento que nos habíamos propuesto, y la enseñanza se hizo cada vez más amplia, entonces os inflamasteis en mayor anhelo de escuchar y brotaron con mayor estrépito los aplausos. Tal fue el motivo de que, a pesar de haberme yo preparado para menos cosas, sobrepasara la medida del tiempo. O mejor dicho, no sobrepasé medida alguna, porque suelo medir la cantidad de doctrina que os he de suministrar, no por la cantidad de las cosas que se os dicen, sino por el afecto y fervor de quienes las escuchan. El orador que encuentra a sus oyentes ya nauseabundos, aun cuando exponga poca doctrina, parece molesto. En cambio, el que los encuentra

atentos y despiertos, aun cuando largamente se extienda no sacia los deseos de su auditorio»¹⁵⁷. Juan dice a continuación a los oyentes que se sientan cansados que se vayan; nadie les obliga a quedarse contra su capacidad de escuchar. Así el orador podrá extenderse sin el sentimiento de que molesta.

Alexandre OLIVAR

¹⁵⁷ Juan Crisóstomo, De que os demonios no gobiernan el mundo, exordio de la homilía: PG 49, 241-246.